

DIÁLOGO CON LAS TRADICIONES EN EL EVANGELIO DE MATEO*

1. A modo de inicio: cómo montar un asno en el evangelio de Mateo

En la escena de la entrada de Jesús en Jerusalén, en Mt 21,7, encontramos un texto a primera vista banal que, sin embargo, no es fácil de traducir. En general las versiones dicen que los discípulos encontraron una burra con su pollino, entonces se lee que

llevaron, por tanto, la burra con el pollino, sobre los cuales puso los vestidos y [Jesús] se sentó.

¿Cómo entender el texto? Los discípulos pusieron los vestidos en la parte posterior de la burra y en la de su pollino, y Jesús se sentó sobre la burra y ¿sobre su pollino? No es necesario conocer bien los modos de montar un caballo o un asno en el mundo antiguo para comprender que algo no funciona en el texto. Mateo parece de hecho sugerir que Jesús se sentó en el lomo de los dos animales para entrar triunfalmente a Jerusalén. Leemos, de hecho, poco antes:

Esto sucedió a fin de que se cumpliese cuanto fue anunciado por el profeta que dice: Decid a la hija de Sión: He aquí, tu rey viene a ti manso, sentado en una burra y en su pollino, cría de un animal de carga (Mt 21,4-5).

“Sentado en una burra y en su pollino”. Esta es la traducción del texto de Zacarías 9,9 que, en otra versión moderna, dice:

¡Alégrate mucho, hija de Sión, goza, hija de Jerusalén! He aquí que tu rey viene a ti: Él es justo y victorioso, es manso y cabalga sobre un asno, sobre el pollino, hijo de una burra.

* El presente artículo fue presentado como conferencia en la I Semana Bíblica Argentina, que tuvo lugar en Buenos Aires del 26 al 28 de mayo de 2011.

El hebreo del texto, por su lado, es muy claro y no deja duda alguna. Allí encontramos un claro ejemplo de lo que se llama desde hace mucho tiempo paralelismo poético. El “asno” y el “pollino, cría de una asna” son dos modos paralelos de decir la misma cosa. Podríamos muy bien traducir: “un asno, es decir, un pollino, cría de una asna”. Las dos expresiones: “asno” y “pollino, cría de una asna”, están yuxtapuestas en la traducción apenas citada, pero el hebreo las coordina y se puede muy bien traducir: “Sobre un asno y sobre un pollino, cría de una asna”, que es lo que encontramos en el texto griego de Mateo. El evangelista quiso, por lo tanto, ser fiel al texto hebreo. La traducción griega de los LXX también tiene una coordinación.

Para Mateo, en consecuencia, Jesús fue obligado a una gimnasia bastante incómoda para no perder el equilibrio mientras entraba en Jerusalén y la muchedumbre lo aclamaba. Quizás lo aclamaba precisamente por esta proeza: ¡sentado sobre el lomo de una burra y, al mismo tiempo, sobre el de su pollino!

El punto que quiero subrayar, sin embargo, no es tanto la dificultad para hacer cabalgar a alguien, así fuera el Mesías, sobre una burra y un pollino al mismo tiempo. Se trata de la voluntad de Mateo de ser fiel, hasta en los mínimos detalles, al texto del Antiguo Testamento y, sobre todo, mostrar que Jesucristo ha cumplido las Escrituras hasta en los más mínimos detalles.

La lectura del evangelio de Mateo es, de hecho, una cantera para quien conoce un poco el Antiguo Testamento. Es verdad que todo el Nuevo Testamento ofrece una relectura del Antiguo. Sin embargo, en el evangelio de Mateo el fenómeno es más sistemático y, se diría hoy, más científico. Se entiende de inmediato que el autor del primer evangelio sigue un plan muy preciso en la composición de su obra y hace dialogar incesantemente Antiguo y Nuevo Testamentos, como en el contrapunto de la música antigua. En los párrafos siguientes quisiera mostrar algunos ejemplos.

2. Mateo 1,1: el inicio del evangelio

Comenzamos con las primeras palabras del evangelio. Las traducciones traen, en general: “Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham”. Una traducción más literal dice: “Libro de la génesis de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham”. ¿Cómo entender esta frase? Intentemos ver qué puede significar el *incipit* de un relato.

2.1. Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad* (1967)

Las primeras palabras de un libro son siempre muy interesantes. Tomo como ejemplo dos libros de un gran escritor colombiano, Gabriel

García Márquez. El primer ejemplo viene de *Cien años de soledad* (1967). He aquí las primeras líneas:

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de 20 casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo.

Notemos algunas características de estas dos frases que ponen al lector en la situación justa para poder apreciar el libro.

1. Las primeras palabras obligan al lector a hacer un largo salto hacia adelante en el tiempo y a imaginarse de inmediato una situación mucho más dramática: el momento de la ejecución de uno de los protagonistas de la novela, de quien sabemos solamente que es un coronel y que se llama Aureliano Buendía.

2. El coronel Aureliano Buendía, frente a la muerte, entre miles de recuerdos, pensamientos y deseos que podía tener, hace emerger de su memoria un solo recuerdo: un día, su padre le hizo descubrir qué era el hielo. Se crea un cierto contraste entre la trivialidad del recuerdo y el dramatismo del momento. Será una de las muchas características de toda la novela, un poco “quijotesca” desde este punto de vista. Quizás el hielo hace pensar en lo que el héroe está viviendo, frente al cual se siente “helado”. O bien el frío del hielo evoca la muerte misma o el escalofrío que se siente antes de morir. Todo es posible y forma parte de las muchas posibles interpretaciones de la evocación.

3. A continuación, se introduce la aldea de Macondo que será el cuadro de las vicisitudes de siete generaciones de la misma familia Buendía. La descripción es simple y crea una atmósfera serena, casi idílica. Un solo detalle, apenas al final, introduce un elemento nuevo y sorprendente: la comparación entre las piedras del riachuelo y los enormes huevos prehistóricos. ¿Por qué “prehistóricos”? Es justo la pregunta que cada lector debe hacerse a este punto. El adjetivo nos transporta a otro tiempo en el cual el mundo era muy diverso. Estamos al inicio en un mundo más bien conocido: una aldea, un río, una veintena de casas de barro y de cañas, todo muy sencillo. Y luego, la mención de la prehistoria y de su dimensión diversa, gigantesca. ¿Cuántas cosas enormes encontraremos en la novela? ¿Cuántas cosas formidables hallaremos?

4. La tercera frase confirma la primera impresión. Estamos en un mundo “primordial”, como en los inicios de la historia. El lenguaje era aun

simple y no todas las cosas tenían un nombre. El lenguaje apenas se estaba formando. Y el autor de la novela está a punto de crear un mundo con palabras y hacer surgir con palabras un mundo desconocido, quizás también con palabras nuevas. Será “un mundo encontrado”, “explorado” e “inventado” por primera vez. Será necesario “encontrar” o “inventar” el mundo y “encontrar” o “inventar” las palabras para narrarlo.

En pocas palabras, Gabriel García Márquez transporta a su lector a otro tiempo y a otro mundo. Despierta también su curiosidad porque quiere saber por qué el coronel Aureliano Buendía será fusilado. Por otra parte, quiere descubrir este mundo más antiguo y, al parecer, “primitivo” donde todo tiene otra dimensión, gigantesca, y los objetos todavía no tienen nombre.

2.2. Gabriel García Márquez, *Crónica de una muerte anunciada* (1981)

La novela quizás más famosa de Gabriel García Márquez es *Crónica de una muerte anunciada* (1981). Y comienza así:

El día que lo iban a matar, Santiago Nasar se levantó a las 5:30 de la mañana para esperar al obispo. Había soñado que atravesaba un bosque de higuerones donde caía una llovizna tierna, y por un instante fue feliz en el sueño, pero al despertar se sintió por completo salpicado de cagadas de pájaros...

El relato comienza *in medias res*, para hablar como el viejo Horacio. Surgen de inmediato preguntas en la mente del lector. ¿Por qué Santiago Nasar está por morir? ¿Quién lo matará? ¿Por qué motivo? ¿Cómo será asesinado? Aparece también en el panorama la figura del obispo. ¿Por qué? Se trata de un personaje importante. Santiago Nasar debe ser también un personaje importante porque va a encontrar a un obispo, no a un simple párroco o a un sencillo sacerdote. Con todo: ¿Cuál es el significado de la religión y de los representantes de la religión en la novela? Está todo por descubrir. Por último, se habla de un sueño. Los sueños, en todo el mundo, tienen algo de premonitorio. ¿También aquí? La impresión que permanece del sueño es, en todo caso, ambigua. La felicidad inicial es arruinada, al despertar, por la imagen de los excrementos de los pájaros que han ensuciado totalmente al protagonista del relato. La atmósfera está creada. Una mañana tranquila, un día que comienza. Una felicidad arruinada por alguna suciedad inesperada. La característica introducida por la “cagada de los pájaros” es quizás inusual en una novela. Crea en ciertos lectores un movimiento de disgusto: “da asco”, se diría. Es quizás de hecho lo que quiere el

autor, desde el inicio del relato. El mundo, según Gabriel García Márquez, está hecho de cosas simples, de momentos de felicidad tranquila que, sin embargo, pueden ser arruinados por cualquier repugnante fastidio. Permanece empero la pregunta: ¿Qué es más importante? ¿La felicidad que se experimenta en el sueño o el asco que se siente al despertar?

2.3. El libro de la génesis de Jesucristo (Mt 1,1)

Volvemos ahora a nuestro evangelio de Mateo para analizar el exordio. Las primeras palabras que he traducido literalmente, “El libro de la génesis” son en realidad una cita tomada de Gn 5,1: “El libro de la génesis / de las generaciones de Adán”. El texto de Mateo retoma, con alguna ligera modificación, el texto griego de Gn 5,1 y también de Gn 2,4, pero sólo en griego. La genealogía de Jesús propuesta por Mateo, sin embargo, no llega hasta Adán como en el caso de Lucas. Comienza con Abraham y no con Adán. Mateo afirma, por lo tanto, que Jesús es en primer lugar miembro del pueblo de Israel y que su destino o su misión han de ser interpretadas dentro de su pueblo, el pueblo de Israel.

Lucas, por su parte, prefiere, desde el inicio, evidenciar la misión universal de Jesús Cristo (Lc 3,23-38). Pero Mateo cita Gn 2,4b y 5,1. Quizás para reinterpretar un texto universal en un sentido particular. O bien ¿para significar que él conoce muy bien la genealogía de Adán y que Jesús también forma parte de la humanidad? El segundo aspecto es menos importante, está implícito, pero estaría también presente. Es difícil decidir. Las dos soluciones son posibles y, quizás, no se excluyen tampoco. El evangelio ofrecerá respuestas a estas preguntas.

2.4. “Libro”

Vale la pena por otra parte detenerse por un momento precisamente en la primera palabra del evangelio de Mateo: “libro”. En el Antiguo Testamento griego, encontramos la palabra y la fórmula de Mt 1,1, también en Gn 2,4. Reaparece una vez más al inicio del libro de Tobías.

¿Por qué comenzar el relato del evangelio con la palabra “libro”? No todos los evangelistas obran así. Marcos comienza de una manera muy sencilla con estas palabras: “Comienzo del evangelio de Jesucristo”; Juan, como sabemos, se enlaza con Gn 1,1 cuando dice: “En el principio existía la Palabra”. Lucas prefiere el estilo de los historiadores griegos, como por ejemplo el de Plutarco, y dice: “Muchos han intentado escribir un relato de los acontecimientos ocurridos en medio de nosotros [...]”.

Mateo, en cambio, comienza con la palabra “libro”. La palabra se aplica, empero, solamente a la genealogía de Jesús y no a todo el evangelio. En todo caso, el “libro” evoca de inmediato “al escriba”; y Mateo, como se sabe, está muy cerca del mundo de los escribas, de los doctores de la ley y del partido de los fariseos, para quienes la *Torá* era mucho más importante que el templo. Mateo, con la palabra “libro” revela algo de su mundo, de su origen y de sus preocupaciones: el mundo del libro, el mundo de los libros, y quizás también el de una “religión del libro”, como se dirá del judaísmo.

Mateo revela sobre todo algo de su oficio y de sus competencias. Sabe escribir, sabe consultar y sabe componer libros. Lo que escribe es, por lo tanto, serio; y debe ser tomado en serio. No hablamos de simples tradiciones populares, de leyendas más o menos confiables, de historietas contadas por algún juglar de poca monta. No, se trata de un asunto serio. Estamos en el mundo de los escribas y de los libros, un mundo de especialistas, un mundo donde rigen las reglas del rigor y del cuidado. Mateo provee a su lector, ya desde el inicio de su evangelio, de un documento escrito que atestigua el origen de Jesucristo. Este documento tiene el valor supremo en el mundo de los primeros lectores de Mateo: se trata de un libro compuesto, en verdad, por alguien competente y confiable. Tenemos, por lo tanto, todas las garantías en cuanto a aquello que él nos dice. Podemos fiarnos del autor. Todo esto se contiene en la elección de una palabra que tiene un valor muy preciso en el mundo antiguo, aunque parece banal y anodina al lector de hoy.

En resumidas cuentas, Mateo espera no ser inferior a los escribas del pueblo hebreo que, ciertamente, consideraban a los cristianos como gente más bien tosca e inculta. No es en absoluto el caso, dice Mateo. Nosotros los cristianos podemos basar nuestra fe en “libros”, en documentos serios.

Hay además otros elementos importantes. La genealogía prueba que Jesús es hijo de David. Pertenece por lo tanto a la casa real de Judá y puede pretender ser el “Cristo”, el “ungido”, el “Mesías” en hebreo. Si no fuese el caso, podría ser tratado como impostor. La genealogía justifica por lo tanto el título de “Cristo” que para nosotros los cristianos se da por supuesto.

Un último dato: la genealogía prueba que Jesús es en verdad hijo de Abraham, un verdadero y auténtico miembro del pueblo elegido, el pueblo de Israel. Bastará leer el primer capítulo de Mateo para notar que el asunto no era en absoluto evidente. ¿Quién es el padre de Jesús? ¿Jesús es un expósito? ¿Un hijo ilegítimo? La genealogía clarifica la situación y responde a muchas preguntas, como también despeja muchas dudas sobre el origen de Jesús. Según la genealogía, él es hijo legítimo, vale decir, reconocido

legal y jurídicamente por José, que es a su vez un descendiente de David. Todo se atestigua en un “libro”, como hemos visto. No se trata, por lo tanto, de invenciones.

La primera página, es más, las primeras líneas del evangelio tienen por lo tanto una gran importancia. Espero haberlo demostrado un poco más claramente.

3. Nazaret y el Nazareno

Gabriel García Márquez, siempre en su libro *Cien años de soledad*, elige como el lugar para las aventuras de la familia Buendía una aldea de nombre “Macondo”. El nombre nunca se explica dentro de la novela y hay sólo conjeturas sobre el posible significado del nombre y de su elección.

La enciclopedia *Wikipedia*, por ejemplo, ofrece cuatro explicaciones del nombre “Macondo” y al final agrega tres comentarios adicionales.

En su libro *Viaje a la semilla: Gabriel García Márquez, la Biografía*, Dasso Saldívar ofrece hasta cuatro versiones del origen de la palabra Macondo (115-117):

1. La primera, y al parecer la más importante, señala que Macondo era el nombre de la hacienda bananera *Nuestra Señora del Espíritu Santo* de Aracataca, propiedad de Manuel Dávila García, ubicada sobre el río Sevilla, cerca del pueblo homónimo.

2. Del mismo modo, se señala que Macondo, y al parecer este sería el origen de la palabra en tierras americanas, es un fitónimo de origen bantú para plátano. Macondo provendría de *makonde*, que es el plural de *likonde*, voz con la que se designa al fruto antes nombrado en la milenaria lengua centroafricana y que literalmente significa alimento del diablo. Sin embargo en la región Caribe colombiana este nombre pasó con el tiempo a designar a un tipo de árbol de madera muy apreciado en la región y que fue sometido a sobreexplotación, habiéndosele confinado en la Sierra Nevada de Santa Marta para comienzos del siglo XX. Al respecto, el nombre de la hacienda de la *United Fruit* se debió a la presencia de dos famosos ejemplares de este árbol en dicha finca.

3. Asimismo, se afirma que existía un poblado en el municipio de Pivijay con el nombre “Macondo”. Saldívar no es claro al respecto de señalar si existe una relación entre la hacienda de ese nombre y el pueblo que se formó en Pivijay, pero deja entrever que existe una relación de proximidad física entre poblado y finca, lo que podría insinuar una traslación del nombre del uno para la otra; ya que afirma que el asentamiento humano es anterior a la hacienda (116).

4. Finalmente, Macondo es el nombre de un juego de azar común en las fiestas de la región. Se lo describe como una suerte de bingo que se jugaba con un trompo o perinola que llevaba grabadas seis figuras en sus costados, una de ellas, y con la que se vencía en el juego, era justamente el grabado de un árbol macondo, de ahí el origen del nombre del juego.

5. También se ha sugerido que Macondo proviene de la unión de cóndo (forma en que se pronuncia cóndor en el español caribeño) al prefijo ma-, usado en muchas lenguas africanas para formar plurales. Por lo tanto, Macondo significaría “cóndores”.

6. De la misma forma, un árbol, el *Cavanillesia platanifolia* también es abundante en la costa Caribe colombiana y se le conoce como Macondo.

7. Recientemente, el mismo Gabriel García Márquez, en su autobiografía *Vivir para contarla*, señala que en uno de sus viajes observó una vez el nombre de un poblado denominado “Macondo”, el mismo que quedó grabado en su memoria y que utilizaría posteriormente en su obra.

La conclusión es bastante clara: no se sabe exactamente cuáles son el origen y el significado del nombre “Macondo”. Otra conclusión se impone con la misma fuerza de convicción: para comprender el significado verdadero del nombre “Macondo” hay una sola solución. Es necesario leer *Cien años de soledad*. Es el libro el que da un significado al nombre. Se trata ante todo de un lugar imaginario al cual están ligadas todas las aventuras de las generaciones de los Buendía que se irán sucediendo. Macondo, pues, ya no se puede separar de la obra literaria de Gabriel García Márquez. El nombre nace quizás de un recuerdo de su infancia, pero crece como fruto en el bosque de su imaginación y madura en la imaginación de todos los lectores de su obra.

Si volvemos al evangelio de Mateo, pienso que podemos decir algo similar a propósito de la ciudad de Nazaret –sin negar las evidentes diferencias–. Nazaret es una aldea o una ciudadela que existe de hecho. No es el producto de la fantasía del autor del primer evangelio. Allí habitó Jesús unos treinta años. Por eso es llamado “Nazareno” o “Nazoreo”. ¿Pero cuál es el significado del nombre Nazareno? Podemos agregar otra pregunta, correlativa a la primera: ¿Cuál es el significado y la función de Nazaret en el relato de la salvación?

Mateo, al final del capítulo 2 de su evangelio, sugiere una solución que es, en efecto, un enigma para los exegetas: “Y [José] vino a vivir en una ciudad llamada Nazaret, a fin de que se cumpliera aquello dicho por los profetas, que él sería llamado Nazareno” (Mt 2,23).

Un primer problema del texto de Mateo es su introducción. En general, el evangelista habla de un texto o de un profeta, no de “profetas” en

plural. Se trata quizás, podríamos decir, de una alusión a diversos textos no muy específicos. Por otra parte, no cita el texto, sino que dice: “Él sería llamado Nazareno”. Todo induce a decir que no tenemos una cita similar a las otras. No se trata de una cita precisa.

Hay otros ejemplos de este procedimiento en la biblia. En el Antiguo Testamento, Esd 9,11-12 menciona un mandamiento de los profetas que no se encuentra, como tal, en ninguna parte¹. En el Nuevo Testamento, Jn 7,38; Rom 11,8 y Sant 4,5 aluden también ellos a textos difícilmente identificables.

Un segundo problema es mencionado por todos los exegetas: no se sabe cuál texto profético tenía en mente Mateo cuando escribió el texto en cuestión. El adjetivo “Nazoreo” no se encuentra en ninguna parte del Antiguo Testamento. Los especialistas, después de largas disquisiciones sobre el tema, proponen al menos cinco soluciones.

1. Hay una alusión al Nazireo y al Nazireato. El Nazireo era una persona que se abstenía de bebidas alcohólicas y no cortaba su cabello como, por ejemplo, Sansón. Los textos más importantes son: Nm 6; Jue 13,5-7; 16,17; Am 2,11-12; 1Mac 3,49-52; Hch 18,18; 21,17-26. Pero las referencias al Nazireato, están más claras en el caso de Juan Bautista que en el caso de Jesús (cf. Lc 1,15).

2. Se piensa en una cita velada de Is 11,1: “Pero un retoño saldrá del tronco de Jesé y un brote despuntará de sus raíces”. En hebreo, la palabra “brote” se dice *nešer* que sería, en este caso, interpretado por Mateo en sentido mesiánico. La solución no carece de fundamento sobre todo porque Is 11,1-10 habla de la dinastía de David y porque el texto fue aplicado por los primeros cristianos al Mesías. Solamente hay un problema: ¿por qué Mateo no dice más claramente que se trata de Is 11,1? ¿Por qué no hablar de Isaías más bien que de “profetas” en plural?

Las otras soluciones son menos obvias. Las menciono, sin embargo, para ser completo.

3. Algunos exegetas han pensado en Is 42,6 y 49,6, dos textos que forman parte de los “cánticos del Siervo”. En los dos textos aparece una palabra hebrea que guarda cierta relación fonética con el adjetivo Nazareno/Nazoreo. El primer texto, Is 42,6, dice: “Yo, el Señor, te he llamado en la justicia y te he aferrado por la mano, te he formado [*ešarkā*] y te he establecido alianza del pueblo y la luz de las naciones”. El segundo, Is 49,6, utiliza una forma más cercana a la palabra Nazareno: “Y [el Señor] dice:

¹ Se trata de una especie de “compilación” que consta de fragmentos tomados de Lv 18,24-25; Ez 36,17; Dt 7,3.

Es poco que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob y reconducir a los *sobrevivientes* de [*n šîrê*] Israel; por lo tanto te haré luz de las naciones, para que mi salvación llegue al extremo de la tierra”. Confesamos que nos exige un cierto esfuerzo de exégesis y de imaginación ver cuál es la relación entre estos textos y el texto del evangelio. Se trata de sutilezas que, en mi opinión, no estaban al alcance de los primeros destinatarios del evangelio.

4. Otros han sugerido una relación con Jr 31,6-7:

Pues habrá un día en que griten los *centinelas* en la montaña de Efraím: “¡Levantaos y subamos a Sión, adonde Yahveh, el Dios nuestro!” Pues así dice Yahveh: Dad hurras por Jacob con alegría, y gritos por la capital de las naciones; hacedlo oír, alabad y decid: “¡Ha salvado Yahveh a su pueblo, al Resto de Israel!”

La palabra hebrea *nōš rîm* significa, en plural, “vigías”, “centinelas”. De nuevo, todo es posible, pero el asunto no es en verdad muy evidente.

5. Por último, otros han considerado aun la posibilidad de una alusión a un texto bastante oscuro de Gn 49,26, la bendición de Jacob a su hijo José:

Bendiciones de tu padre y de tu madre, superiores a las bendiciones de los progenitores del Ad, de la habitación de los montes eternos. ¡Sean para la cabeza de José, para *el príncipe* de sus hermanos!

La palabra traducida aquí por “príncipe” se dice, en hebreo, *nāzîr*. La traducción del término es discutida. En todo caso, la dificultad principal está en otra parte: Jesús es hijo de David, por lo tanto hijo de Judá y no descendiente de José.

Una cosa resulta clara después de esta larga discusión: nada es seguro. No sabemos a qué texto o a qué textos quiso aludir el evangelista Mateo en su cita. Queda una sola vía para comprender el texto, me parece: leer el evangelio entero. Aprenderemos entonces quién es Jesucristo, quién es el Nazareno, cuál es su obra y su importancia para la historia de la salvación y la historia de la humanidad.

En realidad, Mateo hablará sólo dos veces de Jesús el Nazareno, o el Nazoreo. La palabra usada en Mt 2,23 se encuentra solo otra vez en Mt 27,71 donde alguien dice a Pedro, mientras Jesús es procesado por el Sanedrín: “Ésos estaban con Jesús el Nazoreo”². También de Nazaret,

² Lucas utiliza el adjetivo un par de veces (cf. Lc 18,37; Hch 2,22; 3,6; 4,10; 6,14; 22,8; 24,5; 26,9). Juan utiliza el adjetivo tres veces en su evangelio, las tres en el relato de la pasión: 18,5,7; 19,19.

Mateo hablará sólo en 2,23 y 4,13³. En otra parte parece reacio a hablar de la ciudad en donde Jesús creció. Por ejemplo, cuando Jesús vuelve a la casa, Mateo dice que vuelve “a su patria”, pero no dice que vuelve a Nazaret (13,54). Otro ejemplo: en la inscripción que se encuentra sobre la cruz, en Mateo, se lee: “Este es Jesús, el rey de los judíos” (Mt 27,37), pero no la fórmula que conocemos todos y que se encuentra en Jn 19,19: “Jesús el Nazoreo, rey de los judíos”. Mateo, así como Marcos y Lucas, omite la mención “Nazoreo” o “Nazareno”⁴.

El primer evangelio no quiere, quizás, insistir demasiado en una ciudad que nunca se cita en el Antiguo Testamento. El Mesías, como se sabe, debe nacer en Belén, como David. El hecho que Jesús fuese llamado “el Nazareno” o el “Nazoreo” creaba quizás un problema, especialmente para Mateo que escribía para un público hebreo. Encontramos quizás un eco de tal mentalidad en el evangelio de Juan, en la famosa reflexión de Natanael: “¿De Nazaret puede salir algo bueno?” (Jn 1,46).

Notamos por lo tanto una cierta incomodidad en los evangelios respecto a Nazaret. De él se habla solamente cuando es necesario. La ciudad, sin embargo, llega a ser famosa y Jesús, en Hechos de los Apóstoles, siempre es cada vez más recordado como Jesús, el Nazoreo. Pero, Jesús no es conocido, porque venga de Nazaret. Al contrario: es Nazaret la que llega a ser famosa porque Jesús vivió allí muchos años antes de comenzar su misión. La población era desconocida y llegó a ser famosa debido a uno de sus habitantes.

Vuelvo al punto de partida, es decir a la aldea de Macondo, que no es nada más, quizás, que la aldea donde nació Gabriel García Márquez, es decir, Aracataca, y la granja de su padre.

Macondo, sin embargo, era un lugar desconocido y ha llegado a ser una población famosa gracias a las novelas de Gabriel García Márquez. Nazaret, de la misma manera, se conoce debido a Jesucristo. No vale la pena buscar demasiado en el Antiguo Testamento para intentar encontrar rastros de esta aldea, también Mateo quiso hacerlo y, diríamos hoy, con alguna dificultad. Pero el Antiguo Testamento tiende hacia la venida del Mesías y de los tiempos nuevos. La novedad de estos tiempos está también escondida en el nombre de una aldea desconocida, Nazaret.

³ Los manuscritos más confiables traen una forma bastante rara del nombre, Nazara, en vez de Nazaret.

⁴ En Marcos, la fórmula es aún más breve: “El rey de los judíos” (Mc 15,26). En Lucas leemos: “Este es el rey de los judíos” (Lc 23,38).

4. “Bienaventurados los mansos, porque heredarán la tierra” (Mt 5,5)

Las bienaventuranzas de Mateo son muy conocidas. Constituyen, quizás, el texto más conocido y más comentado de su evangelio. Me quisiera detener en una sola bienaventuranza, un poco ignorada en general, la segunda. Se dice incluso que se trata quizás de una adición porque no hace más que repetir la primera bienaventuranza. Si pudiéramos cancelarla, tendríamos siete bienaventuranzas en vez de ocho. Siete, el número perfecto. La ganancia no sería nada despreciable. ¿Pero podemos eliminarla? Pienso que no y deseo probarlo.

La segunda bienaventuranza, y esto no es nuevo, retoma una cita del salmo 37,11 que, en una traducción bastante literal, dice: “Pero los humildes heredarán la tierra y gozarán de una gran paz”. El Salmo 37 es un salmo alfabético, es decir, comienza sucesivamente con cada una de las letras del alfabeto hebreo. La construcción del salmo es, por lo tanto, un poco artificial. El tema de la posesión de la tierra no obstante es recurrente porque lo encontramos de nuevo otras tres veces. Antes, en el v. 9, dice: “Puesto que serán arrancados los malvados, mientras que cuantos esperan en el Señor heredarán la tierra”. Luego, en el v. 29: “Los justos heredarán la tierra y habitarán por siempre”. Por último, en el v. 34: “Espera firmemente en el Señor y sigue su camino, y él te levantará para que tú heredes la tierra, cuando los impíos sean exterminados, tu lo verás”. Los humildes del v. 11 se convierten en los justos del v. 29 y en aquel que espera en el Señor de los vv. 9 y 34.

El Salmo en su conjunto contrapone dos grupos, el de los justos, de los pobres, de los humildes y el de los malvados, de los inicuos, de los impíos y de los malhechores. De un lado encontramos a los pobres, los miserables y los humildes; del otro, a los ricos y a los poderosos. Son categorías religiosas y sociales al mismo tiempo. El salmo invita a los pobres, a los justos, a los que observan la ley de Dios a no ceder a la tentación de la envidia y de la irritación ante las acciones de los malvados. En pocas palabras, el salmo invita a la paciencia y dice que Dios, en el momento justo, intervendrá para salvar a los justos y castigar a los impíos. Así finaliza el salmo:

Cuida la integridad y sigue la rectitud,
puesto que hay prosperidad para el hombre de paz.
Todos juntos serán castigados los malhechores;
arrancada será la posteridad de los impíos.
La salvación de los justos viene del Señor,
él es su refugio en tiempo de angustia.
El Señor los protege y los libera,
los libera de los impíos y los salva,
puesto que en él han buscado refugio.

Las bienaventuranzas del evangelio de Mateo ofrecen una múltiple interpretación del salmo. Por una parte, y es el elemento más importante, Jesús declara que ha llegado el momento en el cual Dios toma partido por los humildes, los pobres, los justos. Por otra parte, interpreta la “tierra” del salmo y hace comprender que se trata del “reino de los cielos”. Los “pobres de corazón”, los “pobres en espíritu” de la primera bienaventuranza se convierten en los “humildes” o los “mansos” de la segunda bienaventuranza y el “reino de los cielos” de la primera bienaventuranza se convierte en la “tierra” de la segunda bienaventuranza. Por último, el presente de la primera bienaventuranza se convierte en un futuro en la segunda. La tensión que se establece es uno de los elementos más difíciles de entender en todo el texto. ¿Por qué decir que el reino de los cielos *se da* a los pobres en espíritu y, ahí mismo, que la tierra *será dada* a los mansos o humildes? Es quizás una de las muchas preguntas que nos pone el evangelio, una pregunta muy difícil. Quizás es necesario buscar cada día una nueva respuesta a esta pregunta.

Podemos sin embargo hacer otra pregunta, más simple. La tierra será dada a los humildes. ¿Pero quién da la tierra? En el Antiguo Testamento, es Josué quien hace entrar a Israel en la tierra, cruzando el Jordán después de la muerte de Moisés. En el nuevo Testamento, es Jesús quien proclama que la tierra es dada a los humildes. ¿Hay elementos comunes entre Josué y Jesús? ¿Se puede establecer un paralelismo entre las dos figuras? La respuesta se encuentra, pienso, en el nombre “Jesús” que significa “el Señor salva” (cf. Mt 1,21). Ahora bien, la forma hebrea del nombre “Jesús” no es otra que “Josué”.

El inicio del evangelio de Mateo es en realidad una relectura del inicio de la historia de Israel, desde el éxodo hasta la entrada en la tierra prometida. De ella menciono sus principales etapas.

1. La narración de la así denominada masacre de los inocentes recuerda el inicio del éxodo: Herodes ordena la muerte de todos los niños menores dos años, así como el Faraón había ordenado la muerte de todos los hijos de los hebreos (Ex 1,22; cf. Mt 2,16). El relato del éxodo muestra cómo Moisés se escapa de la matanza (Ex 2,1-11). En el evangelio, Jesús también se escapa de la masacre (Mt 2,13-18).

2. Jesús baja a Egipto y desde allí vuelve a la tierra santa (Mt 2,13-15.19-23). Cumple así su “éxodo”. El hecho se confirma con la cita de Os 11,1 en Mt 2,15: “De Egipto he llamado a mi hijo”. Para el profeta Oseas, el hijo llamado de Egipto es Israel. Para Mateo, es Jesucristo, pero identificado con el “verdadero Israel”.

3. Jesús es bautizado en el Jordán y por lo tanto, siguiendo a Josué, él cruza el río que marca la frontera entre el desierto y la tierra prometida (Mt 3,13-17; cf. Jos 3-4).

4. Las tentaciones de Jesús en el desierto retoman diversos temas de las tentaciones del pueblo de Israel en el desierto (Mt 4,1-11). Las tres citas provienen del libro del Deuteronomio, aunque en un orden sorprendente, porque se comienza en el capítulo 8 para volver al capítulo 6 y, en el capítulo 6, se cita el v. 16 antes del v. 13: Dt 8,3; 6,16 y 6,13. Pero cada cita del Deuteronomio remite a un episodio de la estancia de Israel en el desierto: Dt 8,3 –“el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”– reenvía al episodio del maná (Ex 16); Dt 6,16 –“No tentarás al Señor, tu Dios”– remite al episodio de Masá y de Meribá en Ex 17,1-7. En la última, Dt 6,13 –“Adorarás al Señor Dios tuyo y a Él solo darás culto”– reenvía al episodio del becerro de oro (Ex 32). Volvemos por lo tanto a tres episodios importantes de la permanencia en el desierto: el maná (Ex 16), las aguas de Masá y de Meribá (Ex 17) y el becerro de oro (Ex 32), y en el orden adecuado. Pero allí donde Israel cede a la tentación, Jesús resiste y prevalece sobre el tentador. Se presenta, por lo tanto, como el “verdadero Israel” que vuelve a recorrer los caminos de sus antepasados, pero sin cometer los mismos errores. Endereza lo que estaba torcido.

5. Por último, podemos considerar la proclamación de las bienaventuranzas como el momento en el cual Jesús da el reino a quienes lo esperan y a los cuales Dios lo destina. Josué había conquistado la tierra (Jos 1–11) y después la había distribuido (Jos 12–21). Jesús cumple acciones similares: ahora distribuye la tierra, es decir, entrega el reino a los pobres, a los mansos, a los misericordiosos, a los trabajadores de paz.

6. La conquista del reino, por parte de Jesús, se describe sobre todo en los relatos de los milagros (cf. Mt 8). Los milagros de Mateo son signos de las capacidades de Jesús para vencer las fuerzas del mal y de las tinieblas. Este hecho se confirma con la cita de Isaías 9,1 que encontramos en Mt 4,16: “El pueblo que yacía en tinieblas ha visto una gran luz, porque a cuantos habitan en la región de la muerte una luz les brilló”.

Cierto, no todo es claro, y no corresponde exactamente a nuestra lógica “cartesiana”. Hay por ejemplo elementos que no están en el orden esperado: Jesús va al desierto después de ser bautizado en el Jordán y gran parte de los milagros siguen al don de la tierra (Mt 8). Habríamos preferido ver a Jesús entrar en el desierto antes de ser bautizado y encontrar los milagros antes de las bienaventuranzas, es decir, asistir a la victoria de Jesús sobre el diablo y las fuerzas del mal antes de escuchar las bienaventuranzas. En todo caso, Satanás es derrotado en el desierto (Mt 4,1-11) antes de la proclamación de las bienaventuranzas y hay algunos milagros al final de Mt 4 (4,23-25). Pero hay suficientes elementos en el evangelio de Mateo para decir que el primer evangelio quiere hacer recorrer otra vez a Jesús los

caminos seguidos por Israel. Jesús vive su éxodo, permanece en el desierto, cruza el Jordán, conquista el reino y lo entrega al pueblo de los pobres y de los mansos a los cuales Dios lo había prometido.

5. “La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla” (Gabriel García Márquez, *Vivir para contarla* [2002], *incipit*)

Un último ejemplo del uso que Mateo hace del Antiguo Testamento se oculta en un detalle de un relato conocido en el cual Jesús calma la tempestad (Mt 8,23-27). La palabra elegida por Mateo para describir la tempestad, precisamente sorprende mucho. Utiliza la voz griega *seismós* que significa, de por sí, “terremoto” (sismo), pero que puede también usarse para describir una violenta agitación del mar (Mt 8,24). El término es, sin embargo, menos usado en este segundo sentido. Los otros evangelistas usan términos más conocidos. Marcos y Lucas hablan de *laílaps anémou* (“tempestad de viento”; Mc 4,37; Lc 8,23). La elección es por lo tanto de Mateo que prefiere un vocablo diverso. ¿Cuáles pueden ser sus razones?

Mateo, de hecho, utiliza cuatro veces la palabra *seismós* (sismo, terremoto) en su evangelio: 8,24; 24,7; 27,54; 28,2. El texto más útil para nuestro examen puede ser 24,7 que forma parte del así llamado discurso escatológico de Mateo. El texto dice: “Se levantará, de hecho, pueblo contra pueblo y reino contra reino y habrá escasez, pestes y terremotos en varios lugares”. Los terremotos son, en el contexto, signos del final de los tiempos (cf. Mc 13,8; Lc 21,11; Ap 6,12). ¿Podemos pensar, por lo tanto, que Mateo hace también referencia a los últimos tiempos en los otros contextos?

Una confirmación puede venir del Antiguo Testamento. La Biblia de los LXX utiliza la palabra *seismós* más veces, en particular para describir los signos del juicio de Dios. Pienso sobre todo en Is 29,6 (oráculo contra Jerusalén); Jr 23,19 (oráculo contra los impíos); Jr 29,3 (LXX; TM: 47,3; oráculo contra los Filisteos). Otros textos son quizás más claros, como por ejemplo, Jl 2,10, en una descripción del “día del Señor”:

Delante de él gime la tierra y se sacuden (*tiemblan*) los cielos;
 ¡el sol y la luna se oscurecen, las estrellas ocultan su esplendor!
 ¡El Señor hace escuchar su voz a la cabeza de su ejército!
 Sí, exterminado está su campamento,
 sí, fuerte es el ejecutor de su palabra;
 sí, grande es el día del Señor y lleno de terror:
 ¿quién puede soportarlo?

Otro texto bastante claro es Ag 2,6-7, en un juicio de las naciones:

Porque así habla el Señor de los ejércitos:
Aún un poco y *sacudiré* el cielo y la tierra,
el mar y el continente;
sacudiré todos los pueblos
y los tesoros de todos pueblos afluirán
y rellenará de gloria esta Casa,
dice el Señor de los ejércitos.

Por último, podemos también citar Za 14,5, aunque la referencia es menos pertinente:

Y huiréis al valle de mis montes, porque el valle de los montes llegará hasta Yasol; huiréis como huisteis a causa del *terremoto* en los días de Ozías, rey de Judá. Y vendrá Yahveh mi Dios y todos los santos con él.

Se puede decir que el terremoto forma parte del repertorio de las imágenes proféticas usadas en la descripción del juicio divino.

Una confirmación viene del mismo evangelio de Mateo. En el relato de la crucifixión, apenas muere Jesús, Mateo introduce una descripción totalmente suya que no encontramos en ningún otro evangelio (Mt 27,51-53):

Y he aquí, que el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo, la tierra *tembló* y las rocas de partieron; las tumbas se abrieron y muchos cuerpos de los santos que dormían resucitaron. De hecho, después de la resurrección de él, salieron de las tumbas entraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchos.

Mateo ve claramente en la muerte de Jesús el inicio de los últimos tiempos. En particular, la resurrección de los muertos, en el mundo hebreo, debía suceder solamente al final de los tiempos. Pero también el terremoto es un signo del “juicio de Dios” o del “día del Señor”. Por lo tanto hemos llegado a los últimos tiempos y la muerte de Jesús inaugura la era escatológica. Los textos del Antiguo Testamento que confirman esta opinión son Am 8,9 (cf. Mt 27,45); Is 26,19; Ez 37; Dn 12,2; cf. 1 Pe 3,19. El texto más claro es Is 26,19:

Tus muertos revivirán,
sus cadáveres resurgirán,
se despertarán y exultarán los que yacen en el polvo,
porque tu rocío es un rocío luminoso,
y la tierra dará la luz a las sombras.

La palabra *seismós* (“terremoto, sismo”) reaparece una última vez en el relato de Mt 28,1-8. Uno estaría tentado de llamarlo “relato de la resurrección de Jesús”. Pero, es necesario resistir a esta tentación, porque ni Mateo ni los otros evangelistas describen el momento de la resurrección.

Describen más bien el descubrimiento de la tumba vacía. Sin embargo, Mateo describe un momento particular: la apertura de la tumba por parte de un ángel. Notemos que Jesús no sale de la tumba así como aparece en tantas de nuestras representaciones. Cuando el ángel hace rodar la piedra, la tumba ya está vacía. En efecto, según muchos exegetas, éste es el significado obvio de la escena.

Pero volvamos al “terremoto, sismo” (*seismós*) de Mt 28,2. También en este caso, la interpretación más simple del fenómeno es del mismo orden de lo que hemos dicho a propósito de Mt 27,51: los últimos tiempos han llegado efectivamente con la resurrección de Jesucristo.

Queda una pregunta: ¿cuál es entonces el significado exacto de Mt 8,24? ¿Por qué hablar de un “maremoto” –si se puede hablar así– y no de una simple tempestad, como por ejemplo Marcos y Lucas? El asunto no es del todo simple. Ofrezco solamente una vía de solución. Mateo quiso subrayar la dimensión cósmica del milagro de la tempestad calmada. En el Antiguo Testamento, solo Dios puede mandar al mar. Muchos textos aluden al hecho: Sal 29,3; 65,8; 89,10; 93,4; 104,6-7; 107,25-32; 124,4-5; Job 26,12; Is 17,12-13. El mar y la tempestad simbolizan a menudo las fuerzas del caos: Sal 65,5; 69,1-2; Is 43,2; 57,20; Dn 7,2-3; cf. Ap 13,1.

En mi opinión, el texto más cercano a Mt 8,23-27 es el Sal 107,25-30:

Dijo, y suscitó un viento de borrasca,
que entumeció las olas;
subiendo hasta los cielos, bajando hasta el abismo,
bajo el peso del mal su alma se hundía;
dando vuelcos, vacilando como un ebrio,
tragada estaba toda su pericia.
Y hacia Yahveh gritaron en su angustia,
y él los sacó de sus angustias;
a silencio redujo la borrasca,
y las olas del mar callaron.
Se alegraron de verlas amansarse,
y él los llevó hasta el puerto deseado.

El paralelismo es bastante evidente. Pero el texto del Salmo no utiliza la palabra *seismós*, ni en hebreo ni en griego. Fue Mateo quien quiso introducirla. Más importante, empero, es que en el Salmo los marineros invocan al Señor (YHWH; cf. Sal 107,28), mientras que en el evangelio se dirigen a Jesús que, después de haber reprochado a los discípulos su falta de fe, calma la tempestad. La reflexión de los discípulos, al final del relato, expresa su sorpresa, muy comprensible si releemos el relato a la luz del

Salmo 107: “Y aquellos hombres se maravillaron y decían: ¿Qué hombre es éste a quien también los vientos y el mar obedecen?” En realidad, sólo Dios –YHWH– puede dominar al mar. Hay por lo tanto una identificación, en el relato de Mateo, entre el poder del Señor de Israel, YHWH, y el poder de Jesús. Ambos pueden mandar a las fuerzas de la naturaleza y amansar el caos del mar. La dimensión cósmica del acontecimiento se subraya, en Mateo, por el uso de la palabra *seismós*. Jesús participa, en verdad, del poder de Dios creador y del Señor de Israel.

Vuelvo brevemente al título del párrafo dedicado a Mt 8,24. ¿Por qué citar la frase de Gabriel García Márquez en el relato sobre el milagro de Jesús que calma la tempestad? La razón es simple: podemos todos preguntarnos qué sucedió. ¿Hubo una tempestad en el mar de Tiberíades? ¿Jesús de verdad se levantó y obligó al mar y al viento a aplacarse? ¿La tempestad y el viento cesaron precisamente en este momento? Nunca lo sabremos. Sabemos que las tempestades en el mar de Tiberíades son temibles. Relatos recientes confirman el hecho. Es debido en gran parte al hecho de que el mar de Tiberíades está colocado casi a 400 metros bajo el nivel del mar. La corriente de aire es fuertísima.

No importa tanto, sin embargo, saber qué sucedió en realidad. Lo que interesa es el recuerdo que de él han conservado los discípulos y, sobre todo, el relato que ofrece Mateo. Tempestades en el mar de Galilea o de Tiberíades, hay muchas cada año, desde que el mundo es mundo y desde que existe el mar de Galilea. Aquel día sucedió, sin embargo, algo diferente. No fue la tempestad, ni el viento, ni el mar. ¿Qué fue? Para comprenderlo mejor tenemos un solo medio: releer el relato de Mateo, revivir la experiencia del *seismós* (terremoto o maremoto, sismo) con los discípulos, oír la voz de Jesús, contemplar la calma que sigue y escuchar a los discípulos que expresan su inmensa sorpresa.

Conclusión

El evangelio de Mateo termina con estas palabras de Jesús a los discípulos que acaban de ser enviados a enseñar y a bautizar a los pueblos de todo el mundo: “Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20). Las últimas palabras de Jesús hacen eco a Is 7,14 y al nombre del Emmanuel mencionado, al inicio del evangelio (Mt 1,22-23), por el ángel en su anuncio a José:

Todo esto sucedió a fin de que se cumpliera cuanto fue anunciado del Señor por medio del profeta que dice: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo que será llamado Emmanuel.

Emmanuel significa, como se sabe, “Dios [está] con nosotros”. Jesús, por lo tanto, cumple la profecía del ángel y confirma cuanto se ha dicho en la primera página del evangelio. Pero tenemos una especie de inclusión que abre la puerta a otra historia, la de la predicación del evangelio por parte de los discípulos y la presencia de Cristo junto a ellos hasta el final de los tiempos. Hay por lo tanto millares de libros para escribir después de la conclusión del evangelio y ahí estamos nosotros para escribirlos cada día.

La novela *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez termina de una manera muy distinta. Todo un mundo desaparece en una especie de gran “huracán bíblico” y las cosas no se podrán repetir. No se dará una segunda posibilidad a los héroes condenados a cien años de soledad. Pero, la página final de la novela tiene algunas cosas muy interesantes: el último descendiente de la familia Buendía está leyendo los pergaminos escritos por el gitano Melquíades y allí descubre su destino. Lee rápidamente, para saber cómo terminará y el final de la novela coincide con el final de la lectura que hace Aureliano Babilonia, de su propia historia. Hay por lo tanto una especie de coincidencia entre dos relatos: la novela misma y “el relato en el relato” que revela todos los misterios de la primera. Además, al final de la novela desaparece la aldea de Macondo, el último héroe de la novela y su mundo, y el manuscrito que está leyendo. Permanece solo el lector y el mundo que ha recreado en su mente. Macondo y la familia Buendía sobreviven en los lectores de *Cien años de soledad*.

El evangelio de Mateo obra de manera análoga, sin negar las diferencias. El universo creado por Gabriel García Márquez desaparece al final de la novela, pero no en la mente y en la imaginación de su lector. El evangelio de Mateo crea, en sus últimas líneas, una relación con el lector en su presente. Si Cristo está presente con los discípulos hasta el fin del mundo, está presente hoy con aquellos que abren y leen el evangelio y con todos aquellos que lo oyen proclamar. El evangelio forma parte de nuestro mundo y a nosotros nos corresponde ahora descubrirlo, entenderlo, narrarlo y –al fin de cuentas– vivirlo.

JEAN-LOUIS SKA
ROMA
ska@biblico.it